

Entrevista:

Mariana Meerhoff

El interés por la ciencia no surgió en su vida como una epifanía. En todo caso se materializó primero en la forma de una curiosidad superlativa, muy típica de un científico. Sumada a una gran cuota de genética aportada por sus abuelos — personajes clave en su vida—, esa curiosidad llevó a Mariana Meerhoff a experimentar desde niña.

Lo hizo cuando, con 10 años, buscaba con ojos insaciables en la biblioteca de sus padres un nuevo libro de la icónica colección Robin Hood, cuyas tapas amarillas atesoraban clásicos de la literatura juvenil.

De adolescente, la misma curiosidad la llevó a leer el Corán, el Popol Vuh, la Biblia e incluso libros sobre ovnis. Más tarde la impulsó para sumarse, en pro de una causa, a Amnistía Internacional y a grupos de ambientalistas, de los cuales se alejó cuando la experimentación la llevó a concluir de que eran demasiado anarquistas aún para su espíritu aventurero.

También esa curiosidad la condujo a inscribirse en dos carreras universitarias al mismo tiempo. De ese modo, apelando a una especie de “método científico”, quiso determinar cuál sería su verdadera vocación. Así llegó la ciencia a la vida de Mariana, que hoy es una destacada ecóloga acuática uruguaya de 39 años. Para encontrar ese ámbito científico también probó y descartó, hasta que un día, a bordo de un bote, en medio de una laguna y con la vista en aquel horizonte que parecía encerrar tantos misterios, se convenció de que por fin estaba en el camino correcto.

Hoy el agua dulce es para ella como la tela para una costurera, o como el panal para las abejas. Es su razón de ser y su territorio. Es el ámbito en el que trabaja, y es el objeto de estudio en el que ha puesto sus ojos, su determinación y su esfuerzo.

Mariana —que nació en Montevideo, en 1975— pertenece a una generación de mujeres científicas que logró avanzar en su carrera aprovechando el camino de abrieron otras antes, pero que ha tenido que moverse con reglas de juego masculinas

en una tierra cada vez más mixta. Siente que con esas reglas igual logró bastante, mientras busca extender sus propias fronteras y la de las científicas por venir.

¿Cuál es el primer recuerdo de su interés por la ciencia?

No tengo un recuerdo puntual. De chica jugaba mucho al aire libre, con amigos, casi a modo de pandilla. Me interesaba todo y tenía mucha curiosidad. Leía muchísimo. Un libro por día, por ejemplo. La colección Robin Hood la leí entera en mis años de escuela.

En el liceo tuve una etapa de leer libros religiosos, como la Biblia, el Popol Vuh, el Corán, y luego libros sobre ovnis. Quería saber de todo. Pero la realidad era que no sabía qué quería hacer. De hecho, cuando terminé el liceo, en 1994, me anoté en Facultad de Ciencias y también en Humanidades, para hacer Antropología. Finalmente me quedé en Ciencias.

¿Quién fue la primera persona que le influyó en su carrera?

En el liceo quería ser antropóloga, pero algunos profesores me decían que debía hacer algo en Ciencias. Mi profesora de 5to Biológico, Sylvia Cáceres, conversando al terminar un parcial sobre invertebrados, me preguntó qué iba a hacer luego del liceo, y cuando le dije que probablemente seguiría Antropología casi a los gritos me dijo: "No, Meerhoff, haga Biología". Ahí entonces lo pensé (risas).

Y en su familia, ¿alguien tuvo alguna influencia en su vocación?

Mi abuelo paterno, Arnoldo Meerhoff, que ya había muerto cuando opté por la carrera, fue el que tuvo una veta científica más marcada. Era médico, escribió varios libros y en los años 70 militaba, entre otras cosas, en contra de la idea del gobierno uruguayo de agregar flúor al agua, pues entonces se discutía si era beneficioso para fortificar los dientes. Pero él era muy crítico, decía que se iba a envenenar a toda la población y que había otras formas de conseguir el objetivo. También promovía la idea de que era perjudicial para el feto que una mujer embarazada fumara. Y además, era naturista e impulsaba la agricultura orgánica. ¡En ese entonces era una persona muy peculiar!

Es curioso, porque si bien no tuve mucho contacto con él —murió cuando yo tenía ocho años—, leyendo luego su trabajo me di cuenta de que hubiera sido el más cercano a mis ideas. De algún modo podría decir que a mi abuelo lo descubrí de grande.

Con la que tuve más vínculo fue con mi abuela materna, Dora Aldao, que era maestra en el interior del país. Ella se mudó a Montevideo cuando yo tenía siete años. Era jubilada, pero eso no le impidió engancharse con la Uni 3, la Universidad Abierta para la Educación no formal de Adultos de Uruguay. Empezó como alumna y llegó a ser vicerrectora. Era muy activa, iba a congresos, daba clases, era sumamente dinámica. Ella me impulsaba a ir por más, era mi fan número uno junto con mi mamá, María Elena Scaffo, también un referente.

Mi abuela era más volada, tenía la idea de que hay que tirarse al agua y después ver. Mi madre es más medida, es de apostar al trabajo fuerte. Entre las dos generaron algo bueno, y en mí reconozco cosas de ambas.

¿Qué cosas, por ejemplo?

En mi vida hice cosas impulsivas que mi madre probablemente nunca hubiera hecho, como decidir de un día para el otro irme a vivir a Dinamarca a hacer el doctorado. ¡Me enteré recién ahí de que había -20°C en invierno!

Durante su infancia y adolescencia en Montevideo, Mariana se mudó ocho veces por motivos familiares. Pero a los 24 años emprendió su primera mudanza fuera del país. En 2000 obtuvo la beca Chevening que otorga el gobierno británico y se fue a estudiar seis meses a la Universidad de Liverpool, en Inglaterra. En esa instancia en el exterior continuó su trabajo de tesis de maestría, que tenía como objeto de estudio el lago artificial del Parque Rodó, el principal parque urbano de Montevideo. La investigación buscaba encontrar la mejor forma de gestionar el lago disminuyendo su deterioro y analizando, entre otros aspectos, si las plantas acuáticas podían ayudar en su conservación.

Después de esa experiencia regresó a Uruguay, y unos años después se fue a Dinamarca, su segunda mudanza internacional, para hacer su doctorado en la Universidad de Aarhus.

¿Cómo influyeron en usted las mudanzas a lo largo de su vida? ¿Y cómo cree que influye en los científicos de países en desarrollo la necesidad de emigrar para continuar sus estudios?

En mi caso las mudanzas me permitieron estar preparada para situaciones nuevas. Pero también te desarraigan, y es difícil construir un sentimiento de pertenencia. Cuando me fui a estudiar a Dinamarca siempre tuve la idea de volver a Uruguay, y eso también afecta cómo te ubicás en un nuevo lugar y cuánto te permitís arraigarte. Yo siempre tuve ese freno. Eso creo que también te ayuda a no perderte.

Pero en general, la emigración académica genera oportunidades únicas de conocer otras realidades y de abrir la cabeza a nivel personal y laboral. Como contracara, los retornos suelen ser muy duros, porque el contraste con las condiciones laborales del lugar de origen suelen ser muy grandes, y porque esa apertura de cabeza tiene costos para la readaptación a un medio chico, más bien pobre y relativamente homogéneo.

¿Por qué quería volver a Uruguay?

Mucha gente de mi generación debió irse de Uruguay para hacer doctorados, porque en el país —hace unos 10 años— aún no había tantos investigadores, particularmente en mi área, que pudieran dirigir tesis doctorales. Sin embargo, muchos de los que nos fuimos teníamos puesta la camiseta de la Universidad de la República. Queríamos volver para generar cosas en Uruguay y fortalecer determinadas áreas. No todos lo lograron, porque algunos volvieron y debieron irse nuevamente al no conseguir trabajo o avanzar en sus carreras.

¿Por qué cree que su generación tenía ese deseo tan fuerte de volver?

Somos la generación de los nacidos en la dictadura uruguaya (1973-1985), y eso nos marcó mucho. Cuando llegamos a la universidad, nuestra generación estaba

politizada pero de un modo diferente a los primeros grupos, como la generación 82, por ejemplo, que fue la primera posdictadura. Nosotros buscábamos construir a otro nivel, más a largo plazo.

Éramos un grupo muy involucrado en la vida universitaria y con ganas de generar cosas nuevas en ese ámbito. Considerábamos a la ciencia como parte de la cultura, y apostábamos al rol de la ciencia en el cambio cultural y social.

.....

¿Cómo decidió dedicarse a la ecología de agua dulce?

Siempre me interesaron las cuestiones ambientales clásicas, como la contaminación. Pero con el tiempo encontré otros temas. Hasta que más avanzada en la carrera tomé cursos de ecología a nivel ecosistémico y llegué al agua dulce. Cuando estuve ahí, en medio de un lago con el bote, me di cuenta de que era eso.

En mi época muchos empezaban la carrera con la idea de hacer oceanografía motivados por Jacques Cousteau, pero yo me quedé en el área dulce.

También me gustó porque era un área que no tenía mucha historia en Uruguay. De hecho, ahora los investigadores más veteranos en limnología tienen cerca de 50 años.

Y cuando estaba en ese bote en el medio del agua, ¿qué le pasó?

Fue una mezcla de camino encontrado y de descubrimiento personal.

.....

Quizás el agua dulce llegó de improvisto a la vida de Mariana, pero Dinamarca fue un destino elegido por ella casi estratégicamente. Al terminar la maestría en Uruguay, en 2002 Mariana decidió asistir a un congreso de lagos someros en Hungría. Su objetivo era hacer una exploración, hablar con algunos científicos allí y definir el siguiente paso en su carrera. Tenía una lista de expertos cuyos trabajos le interesaban y fue decidida a escucharlos y a hablar con cada uno. Después vería qué hacer. Allí

conoció al danés Erik Jeppesen, una eminencia en el campo de la ecología de lagos someros.

¿Cómo surgió el vínculo con Erik Jeppesen y la idea de ir a Dinamarca?

En el congreso de Hungría hablé con todos los que a priori me habían interesado. A algunos los descarté por *feeling*, o porque su trabajo no me atrajo particularmente, pero cuando conocí a Jeppesen me encontré con un científico generoso con sus conocimientos y dispuesto a compartirlos con estudiantes como yo.

Al poco tiempo Jeppesen vino a Uruguay invitado a dar un curso, y conversando le conté mi idea de hacer algún curso de posgrado. Unos meses después me escribió para decirme que había un llamado a becas de doctorado del gobierno danés y que me invitaba a presentarme en caso de que me interesara. Lo hice y gané la beca.

¿De qué modo Jeppesen marcó su carrera?

Siempre me transmitió confianza en mi capacidad como investigadora independiente e innovadora y me trató como su par desde que inicié el doctorado. Eso cambió mi perspectiva sobre mi propio trabajo, me hizo valorizar mucho mi capacidad de avanzar en la carrera científica y de acariciar el sueño de “jugar en las grandes ligas”. A su vez, es una máquina de trabajar y generar ideas: si te subís a esa máquina y le seguís su ritmo, podés llegar a lugares imprevistos. Diría que Jeppesen es mi padre profesional.

“Mariana es por lejos la mejor estudiante de doctorado que jamás haya supervisado. (...) ella es una gran pensadora y (...) la considero uno de los mejores científicos en ecología de agua dulce en Sudamérica, y una de las mejores del mundo en su área de estudio”. Estas palabras de Jeppesen sobre Mariana tal vez son las de un padre, pero también las de un maestro orgulloso de un discípulo.

Fue la primera científica sudamericana en hacer un doctorado en el Instituto de Ambiente de la Universidad de Aarhus, en Dinamarca, una

institución que generalmente recibe a investigadores europeos. ¿Cómo fue esa experiencia para una mujer en ciencia?

Dinamarca es uno de los países que hacen más fácil la inserción para un científico extranjero. Los daneses son muy llanos, y la jerarquía no se refleja en el trato cotidiano. Me recibieron muy bien y estaban ansiosos de ver cómo me desenvolvía.

En Dinamarca estuvo tres años y medio, desde los 28 años hasta los 31 años. En 2007 volvió a Uruguay porque así lo quería. "Ella logró mantenerse en la cima después de su regreso a Sudamérica a pesar de las condiciones de trabajo difíciles en Uruguay", aseguró Jeppesen, destacando como mérito su desempeño al retornar al país. Lo cierto es que la realidad de la investigación científica en países desarrollados muchas veces merece hacer esa salvedad.

Después de vivir y trabajar tres años en Dinamarca, ¿cómo fue volver a Uruguay?

Cuando terminé el doctorado quería volver sí o sí. Los daneses me contrataron para que, desde Uruguay, coordinara un proyecto para estudiar el impacto de los cambios del uso de la tierra y del cambio climático en los arroyos. Ahí empecé a trabajar con esos ecosistemas, que son más chicos que los lagos y lamentablemente no permiten el uso de botes. Para los oceanógrafos, pasar de un océano a un lago les da una especie de claustrofobia. En mi caso fue lo mismo cuando pasé de un lago a un arroyo que se puede cruzar a pie. Igualmente el agua tiene una fuerza poderosa.

Pero volví a Uruguay sin nada más. Solo con ese vínculo con Dinamarca para hacer el proyecto y traer a estudiantes daneses a hacer trabajo de campo. Finalmente terminé trabajando en OSE (el organismo estatal responsable del abastecimiento de agua potable en Uruguay) porque gané un concurso para asesorar en temas de calidad de agua de los sistemas usados como fuente de agua potable. Pero no funcionó del todo, porque lo mío es la investigación. Los tomadores de decisión requerían respuestas inmediatas y yo necesitaba tiempo para analizar las cosas.

Entonces, cuando surgió la posibilidad de tener un proyecto de investigación en Facultad de Ciencias en cooperación con Dinamarca, me fui de OSE. Ahora sigo el vínculo con Dinamarca como investigadora honoraria del instituto y desde 2010 tengo un cargo en el Centro Universitario de la Región Este (CURE) de la Universidad de la República. En el CURE, ubicado en Maldonado (130 km de la capital uruguaya), integro el Grupo de Ecología y Rehabilitación de Sistemas Acuáticos Continentales.

¿A qué se dedica su equipo?

Básicamente, mi grupo estudia lagos, lagunas, ríos y arroyos, y el eje es entender patrones de funcionamiento de estos ecosistemas, qué factores los afectan y cómo se pueden recuperar en caso de que estén deteriorados por distintas actividades.

En el grupo cada uno tiene un interés o área de especialidad, como peces o zooplancton. Yo empecé analizando interacciones entre diferentes organismos. Por ejemplo, estudiando cómo los peces y las plantas acuáticas afectan el movimiento del zooplancton, y qué efectos puede tener eso sobre el ecosistema general. Esto se traducirá, entre otras cosas, en que un lago tenga agua de color verde, o que sea más diverso en especies, por ejemplo.

Pero después me involucré con el cambio climático y su impacto en ecosistemas acuáticos. Bajo ese gran tema se puede analizar si el cambio climático potencia la llegada de especies invasoras, o si interactúa con los cambios en el uso del suelo, entre otras situaciones, por ejemplo.

.....

¿Cómo es la vida académica para una mujer en la ciencia?

La vida académica en general es muy dura, pero lo notás después de que empezás. Hay mucha presión, una dura competencia por los fondos, una evaluación y crítica permanente; y en los procesos de publicación implica el rechazo de trabajos que tomaron años, pues la mayoría de los artículos científicos a nivel mundial son

rechazados. Hay que ir generando un temple importante y mucha gente no aguanta la presión.

La necesidad de dinero es el lado oscuro de la investigación, porque estás a merced de los fondos que consigas. A diferencia de otros países donde hay un presupuesto basal fijo, en nuestro país el trabajo depende totalmente de fondos competitivos. Si ganás un proyecto tenés asegurado solamente dos o tres años de trabajo. Estas presiones son comunes tanto a varones como mujeres científicas. Como les ocurre a las mujeres en cualquier ámbito laboral, las científicas tienen además otras presiones.

A la hora de buscar esos fondos, ¿cree que los financiadores son más generosos con los hombres? ¿O evalúan en función del atractivo del proyecto y méritos académicos?

Pienso que el proceso de evaluación de proyectos no escapa a la subjetividad de los revisores y por lo tanto hay casos de discriminación inconsciente. En la medida que las evaluaciones se van profesionalizando, en cuanto a protocolos e integración de tribunales y comisiones, se hará más igualitario. En algunos países explícitamente indican que, en caso de paridad de méritos, se favorecerá a candidatas mujeres y minorías étnicas o nacionales, y por lo tanto se promueve su presentación.

¿Considera que es más fácil para una científica conseguir trabajo en el mundo desarrollado?

No estoy segura. En algunos países desarrollados, como Dinamarca, las mujeres pueden poner en su curriculum la cantidad de hijos y detallan que de tal año a tal año —porque tienen un año de licencia por hijo— no produjeron científicamente. Tampoco se espera que lo hagan, y no son “penalizadas por el tiempo perdido”. En esos países puede ser más fácil.

Sin embargo, a nivel internacional en general, hay varios estudios que demuestran sesgos no casuales en el número de mujeres jefas de proyectos o con cargos académicos altos. Creo que la discriminación negativa está sumamente

enraizada a nivel general, debido a que el ambiente científico es más bien masculino y se rige por reglas no escritas que mantienen ese status quo.

Luego de esa experiencia, ¿pone en su curriculum datos no académicos?

No, porque en Uruguay no se pregunta. Por ejemplo, mencionar a los hijos en el CV se está discutiendo y parece que se va a incorporar en las evaluaciones en Uruguay, pero aún no se modificaron los formularios. Además de los hijos, sería importante poder explicitar otros factores personales, como tener familiares a cargo (adultos mayores, por ejemplo) o enfermedades. Sería importante para hombres y mujeres, pero más para mujeres pues suelen ser las encargadas de los cuidados a nivel familiar.

¿Cuáles son, en su opinión, los aspectos que diferencian la carrera científica de las mujeres y de los varones?

Una de las cosas que define a la ciencia en general es que es un ambiente sumamente competitivo, y está sujeto a una evaluación permanente que genera gran presión. Los investigadores compiten por los fondos, porque si no tenés dinero no podés investigar, y a su vez si no investigás no producís —y está en riesgo tu cargo o tu ingreso a la carrera científica—, y para producir debés ganar el concurso por los fondos.

Esta cuestión básica es común a todos, pero una mujer debe trabajar más que un hombre, porque debe demostrar que es buena en lo que hace, más que un hombre.

Además hay que invertir un esfuerzo extra durante un tiempo porque después, cuando lleguen los hijos, sabés que habrá un enlentecimiento de la carrera.

No hay dudas de que la presión en el mundo científico te lleva a ir postergando la maternidad, más que en otras áreas. Sin embargo, esa dificultad tiene mucho que ver con la forma en que se organiza el país, qué lugar tiene la mujer en ese territorio, y cuánto se valora que la mujer trabaje. Si el sistema no te ofrece alternativas o herramientas se está asumiendo que la mujer debe dejar de lado o minimizar su trabajo. En el área científica, por esa competitividad y esa evaluación continua, las mujeres tienen un peso extra sobre su espalda.

Lo veo en el caso de amigas que pospusieron sus posgrados por la maternidad. Eso lo sintieron mucho en su carrera y tuvo un costo a nivel profesional. Con los varones también puede suceder pero para la mujer la entrega a la vida de sus hijos, y a la vida en general, es mayor. Si el niño se enferma, la que deja de ir a trabajar es la madre. Aún cuando en la casa haya igualdad, son excepcionales los casos de varones que hacen eso.

Por ejemplo, tengo una amiga que empezó su doctorado conmigo y en el primer año tuvo su primer hijo. Luego siguió teniendo hijos hasta hace un par de años; tuvo cinco en total. Por todo eso terminó su doctorado varios años después, y quedó relegada porque la vida académica no es compatible con ser mamá de cinco niños. Su primer trabajo full time fue ser coordinadora del comité de cuenca del río más importante de Dinamarca. Es un cargo de gestión importante, para el que se necesita formación científica, pero la carrera académica se terminó para ella.

En su caso, ¿fue duro compaginar la vida familiar con su labor científica?

En períodos específicos que requieren una muy alta dedicación y existen plazos impostergables (como al escribir la tesis doctoral, o las propuestas de investigación a fondos concursables) es difícil equilibrar la vida laboral con la personal. No es tan fácil explicar a la pareja, familia y amigos, que la vida académica frecuentemente impone mucha presión, y que no siempre se la puede evitar si se quiere seguir en esta profesión. En mi caso, trato de compaginar ambas facetas siendo muy conciente de esa presión y generando instancias para compartir “tiempo de calidad” con las personas importantes en mi vida.

¿Siente que sacrificó su vida personal por la profesional?

Sentí que sacrifiqué tiempo personal durante el tiempo en que estuve fuera del país. Pero la vuelta a Uruguay fue un intento por no sacrificar la vida personal por mi labor profesional. En Dinamarca los hijos de inmigrantes tienen una vida complicada. Me proyecté en ese escenario y me pareció que lo mejor era volver a Uruguay, para además, volver a ser parte de la vida de mi familia y amigos de origen.

Pero cuando te vas a estudiar afuera sos consciente de que si te quedás en el exterior o si volvés a tu país, en cada lado perdés algo o alguien.

.....

Mientras estaba en Europa era extranjera, joven y mujer, tres características que tienen gran carga de prejuicio. ¿Alguno de esos factores pesó más?

Al inicio hubo algún preconceito por ser sudamericana. Me cuestionaban la impuntualidad, por ejemplo. Pero no sentí prejuicios.

Y en Uruguay, ¿cuáles son las suspicacias más comunes que debe enfrentar una mujer en ciencia en su área de trabajo?

En general, en Uruguay suele haber una cierta mirada de recelo a los que vuelven del exterior, más allá del género. En mi caso trabajo con siete varones y en la parte de ecología acuática tiende a darse un sesgo de género según temas específicos. Por ejemplo, hay una tendencia a que haya más mujeres en temas que requieran un trabajo de precisión, como el manejo de microscopio. En ecología de peces hay más hombres; eso también se da a nivel internacional y pienso que ocurre porque apela a cosas muy básicas, como el vínculo de los hombres por la pesca y el trabajo más tosco, con mayor esfuerzo físico, con redes y otros equipos. La segunda opción popular entre los varones es el área de animales invertebrados; en cambio, las mujeres optan más por las plantas, por ejemplo.

Hoy en mi trabajo emergen algunos temas de género que se ven en cosas cotidianas, como quién es el que maneja la camioneta o el bote durante una salida de campo. Si hay varones y una mujer, son ellos los que deciden quién maneja. Me causa mucha gracia ver esa discusión. ¡Y eso que oficialmente no son machistas!

En 2013 ganó el premio L'Oréal por las Mujeres en la Ciencia. ¿Considera que los premios de género son positivos o negativos en la trayectoria de una científica?

Creo que es algo bueno, porque al igual que las cuotas para mujeres en política y otras herramientas de género, no es un regalo. Es una discriminación positiva. No va en detrimento de la mujer. Ojalá que un día no sean necesarios, pero mientras haya una situación tan desigual, estos premios son aportes que ayudan y pueden hacer la diferencia. Para mí fue muy positivo porque significó dar visibilidad al trabajo de mi equipo y el dinero nos permitió seguir un proyecto durante tres años, financiando los postgrados de varios estudiantes.

Cuando la situación es tan competitiva y hay pocos lugares para mujeres, ¿cómo es la amistad entre las científicas de una misma área?

Hay casos en los que puede surgir competencia, pero en general creo que las mujeres somos menos competitivas que los varones. También depende mucho de la constelación de los grupos, porque aquellos que están muy dominados por mujeres tampoco son buenos. En estos grupos femeninos, más que competencia aparecen los celos. Los varones son más competitivos a nivel profesional pero las mujeres tienen celos más personales. Pero en general, en grupos mixtos, las mujeres tienden a ser puentes. A veces incluso surge una veta materna de cuidado del grupo. Y a veces me veo en ese rol.

Ahora dirige un equipo, ¿qué ingredientes considera que debe tener una jefatura femenina para que el grupo funcione equilibradamente?

Debe haber una combinación de características: una característica generalmente femenina, que es ser más humana y cálida, es fundamental para una mayor cohesión entre los miembros del equipo. Ese espacio para los vínculos personales puede favorecer el diálogo interno y fomentar la cooperación en vez de la competencia entre los miembros. A su vez, una jefa mujer debe ser sumamente competente en lo laboral, para ganarse el respeto de hombres y mujeres por igual; porque las jefas mujeres pueden estar más bajo la lupa que los jefes hombre.

¿Qué consejo le da a sus alumnas y a jóvenes científicas?

Les digo que deben trabajar mucho y ser independientes. A muchas mujeres nos cuesta eso, y esperamos que esas cosas que implican fuerza o resistencia las hagan los varones. Pero tenemos que romper con eso, y las aliento a que sepan cambiar un neumático, arreglar un equipo o manejar el bote, por ejemplo.

Apuesto mucho a fortalecer la independencia de las jóvenes científicas, aunque no siempre lo logro. Ahora las nuevas generaciones asumen que todo es más fácil, probablemente porque nos ven a nosotras (mujeres de mi generación, ya establecidas) y se proyectan siguiendo un camino aparentemente sin problemas. Pero yo les recomiendo que se acostumbren a estar expuestas, a mostrar sus investigaciones públicamente, a trabajar en equipo, a construir sus propias redes, todo para ser más fuerte ante la competencia y ante el rechazo que es habitual en el proceso científico. Además todo eso se da en un medio prominentemente masculino y se mide con métricas masculinas.

¿Esa independencia se traduce en que la mujer está más sola en el mundo de la ciencia?

Creo que los hombres en ciencia compiten más pero lo hacen con reglas explícitas. Para las mujeres las reglas no son tan claras, porque hay prejuicios o porque no sabés qué va a pasar cuando empieces a formar una familia y todo sea más difícil.

Por eso les digo a todos los estudiantes que sean independientes pero que se ayuden entre sí. Lo más sano siempre son los grupos de trabajo mixtos, porque pueden sacar lo mejor de cada persona. Cuando son muchas mujeres el trabajo es muy puntilloso pero menos arriesgado, por ejemplo. Por eso la combinación es buena para potenciar las características diferentes.

Si fuera posible, ¿cambiaría la forma en la que hizo las cosas a lo largo de su carrera?

En retrospectiva, algunas decisiones que en su momento parecieron precipitadas, como el mudarme sola al exterior, primero para enriquecer mi maestría y luego para hacer el doctorado, resultaron ser cruciales para mi vida académica, además

del crecimiento personal. Sin embargo, una decisión igualmente impulsiva, como fue volver a Uruguay sin tener un trabajo definido, tuvo un impacto negativo sobre mi vida académica en el corto y mediano plazo, aunque a nivel personal sentía que era lo correcto.

Si fuera posible mantener el equilibrio entre los deseos profesionales y los personales, tal vez postergaría el retorno al país para lograr una mayor consolidación académica y tener más herramientas para la reinserción. Pero por otro lado, cada decisión generó nuevas oportunidades y desafíos que cambiaron el rumbo que tenía mi vida y me hizo ser lo que soy hoy.

¿Hasta qué punto cree que los problemas comunes que enfrentan las científicas puede remediarse? Pues parece ser una cuestión propia del trabajo científico.

Hay mucha discusión sobre cómo esta vorágine de financiación y publicación afecta al científico como persona, y la pregunta es qué hay que evaluar: si es la cantidad o la calidad de lo que se produce, si es el índice de citas, etc.

Hay lugares que te piden que selecciones cuáles son tus mejores trabajos, y no simplemente que des la lista completa, y ese tipo de cosas facilita la tarea de investigador porque deja en sus manos qué es lo que considera como logros. Ese tipo de evaluación beneficiaría a la mujer, porque ya no se mediría la cantidad sino la calidad del trabajo. Sin embargo, la respuesta a esta discusión aún está muy lejos.

Daniela Hirschfeld

Daniela Hirschfeld (Montevideo, 1977) es licenciada en Ciencias de la Comunicación Social por la Universidad Católica del Uruguay (UCU) y tiene una especialización en periodismo científico en el Instituto de Tecnología de Massachusetts (MIT) y la Universidad de Harvard, que cursó como becaria de la Fundación Knight de Estados Unidos. Es profesora de periodismo y tutora de memorias de grado en periodismo científico en la Facultad de Ciencias Humanas de la UCU. A nivel profesional, entre 1999 y 2007 fue periodista de las secciones "Ambiente, Ciencias y Técnica" y "Salud" del Semanario Búsqueda de Uruguay, y desde 2007 es editora jefa de la revista Galería de ese semanario.

Es asesora en comunicación científica institucional, y desde 2005 es corresponsal en América Latina de SciDev.Net, un portal británico sobre noticias científicas. Mail: daniela.hirschfeld@gmail.com